

REFLEXIÓN MÍNIMA. EN TORNO A LA PREGUNTA ¿QUÉ PODEMOS ENTENDER POR FILOSOFÍA?

MARTÍN RÍOS LÓPEZ

CENALTES EDICIONES. 2018, 121 PÁGINAS.

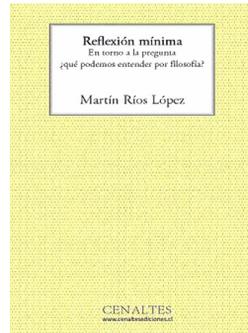
ISBN: 978-956-9522-13-0

La “Reflexión mínima” del académico Martín Ríos López, como cualquier texto impreso, admite varios niveles de lectura. A primera vista se presenta como un ensayo, más allá de lo formal que este tipo de escritura comporta.

El profesor Ríos parte planteando las dificultades que él mismo ha enfrentado al impartir docencia a nivel universitario y, a continuación, indica el objetivo que persigue con su libro. A partir de su experiencia considera dos variables problemáticas que le ha tocado vivir: la exigencia de crear una cierta disposición afectiva en su auditorio, ya que, por lo general, éste tiene otras afinidades intelectuales. A esta situación agrega el contratiempo que implica la constante apelación al sentido común en cuanto catalizador y validador de prejuicios adquiridos.

Frente a estas dificultades, su objetivo o pretensión es llevar la reflexión filosófica hacia una reapropiación crítica de la noción de filosofía. Su propuesta, más bien modesta, consiste en la necesidad de erradicar ciertos supuestos alojados en el sentido común de las personas. Explícitamente dirige su texto a un público que se inicia en la filosofía con la intención de cuestionar sus certezas primeras y dotarlo de un repertorio de sentidos nuevos.

El despliegue temático de “Reflexión mínima” se extiende desde la imagen del filósofo hasta lo que se espera de la filosofía, pasando por la crítica sobre ciertos supuestos de la actividad filosófica y su proyección política.



Para nuestro autor, el filósofo es un pensador de la contingencia, de la inmanencia que oficia en la plaza pública; en definitiva, es un sujeto político. A Ríos le preocupan algunos sobrentendidos que neutralizan y restringen el alcance político de la reflexión del filósofo. A su vez, se inquieta por promover la tarea filosófica como una tentativa teórica deseante, que conlleve una “erótica del conocimiento”. Sugiere que, en este sentido, la “*Philia*” de su nombre apunta más bien, a una “*Etaireia*” en cuanto una amistad pragmática, como un modo de conducirse, de moverse. De este modo, enfatiza una vez más en el sesgo político de la tarea filosófica, ya que la amistad acontece en el encuentro. Justamente, la “academia” es un lugar de encuentro, de reunión de los que desean conocer; es allí donde se tiene un afecto que dispone al conocimiento y que tiende a conformarse en un canon. La condición del filósofo, nos previene el académico Ríos, no es una cuestión de voluntad, sino de posibilidad. Su fundamento no se apoya en la cantidad de conocimiento acumulado, sino en la “potencia” constitutiva que posee un sujeto “*in natura*”.

Inspirándose en Platón, advierte que los filósofos son aquellos que pueden alcanzar lo que siempre se mantiene igual a sí mismo. Su conocimiento se relaciona con las formas que no se encuentran sujetas a cambios ni al deterioro del tiempo. A su vez acota nuestro autor, Platón nunca se distancia de lo a-histórico ni de la contingencia de la *polis*. Sin embargo, reconoce que el proceso histórico de la institucionalización de los estudios filosóficos ha producido un distanciamiento de la actividad filosófica en la vida cotidiana. Y, por otra parte, afirma que las prácticas filosóficas han puesto en entredicho el uso normativo de la disciplina e invita a descomponer las condiciones sobre las cuales se ha ido forjando una determinada noción de la filosofía expresada en singular: acusa a ese tono en singular de soslayar las diferencias latentes al interior de la misma filosofía. Ríos reconoce que hay otras variedades tonales del filosofar. Evocando a Nietzsche, sostiene que la historia de la filosofía occidental no es más que la historia permanente de un olvido. De ahí que el conocimiento no es sino un síntoma que se oculta bajo la máscara del olvido. Por eso es que no hay un origen en el conocimiento. A propósito de esta aseveración, recoge las consecuencias que Michel Foucault deduce respecto de él: que el

conocimiento no es natural, sino contra natural; que no se encuentra en la naturaleza humana, sino que es un derivado de la misma; y que no existe afinidad previa entre el conocimiento y aquello que sería necesario conocer.

Al referirse a la pregunta filosófica, subraya que la filosofía no es ciencia. Por tanto, no tiene la pretensión de entregar contenidos de conocimiento como lo hace la ciencia. La pregunta del filósofo, más bien, busca problematizar, no pretende dar respuestas, sino preguntar. La filosofía intenta fracturar la inercia del sentido común. La filosofía da que pensar, se comporta como un acto de indisciplina, irrumpe el curso regular de lo que se supone normal y corriente; pone en suspenso los supuestos y sobrentendidos, el sentido común, las ideologías, la opinión pública, la habladería.

Antes de terminar, el profesor Ríos articula la filosofía con la palabra y el mundo social. De aquí brota una de sus principales apuestas: la filosofía posee una profunda vocación política.

Para Ríos, el hombre necesita de un mundo. Por eso se inserta en el mundo. Este espacio de lo común adviene por medio de la palabra, ya que la acción del animal humano acontece a través de la palabra.

La comunidad humana suele organizarse bajo dos esferas: la casa y la ciudad. La casa es el ámbito de lo privado, la ciudad es el ámbito de lo público. Paradójicamente, advierte nuestro autor, los hombres son libres sólo en la medida que optan voluntariamente por un campo normativo que llamamos "ley". De este modo, las palabras construyen la realidad de lo político. Es preciso reconocer que las palabras nunca son neutrales. De allí que se hace necesario interpelar a las palabras. Hay que sacarlas de su anónimo y cómodo sobrentendido.

Para cerrar su trabajo, Ríos se abre a algunas nuevas perspectivas. En un primer acto señala que la anécdota aporta motivo, es decir, nuevos modos de pensar. En un segundo acto sostiene que no es un capricho personal que Sócrates sea el más sabio de los hombres, y, en un tercero, llama a la filosofía a forjarse en una dimensión crítica. Por tanto, deduce que los principios de autoridad son el primer enemigo

del conocimiento. Con frecuencia, las autoridades pueden ser falibles y convertir en fetiches sus obras y sus autores. La capacidad crítica es un llamado a hacer de la sospecha un arte y de la crítica un ejercicio de desnaturalización.

Cierra su trabajo afirmando que la práctica filosófica debe emprenderla contra los mitos legitimadores que operan tanto en la ciencia como en la política, incluso dentro de la misma práctica institucionalizada de la filosofía.

Al concluir esta reseña podemos señalar que *Reflexión mínima* no se agota en un simple ensayo. Más allá de la forma, se despliega como una propuesta académica y didáctica. Desde esta perspectiva, cabe destacar el énfasis que el autor otorga a la anécdota. No se trata de un elemento puntual y pintoresco. Su emergencia se explica como un aspecto que vincula la rigurosidad del pensamiento con la singularidad de la experiencia humana. La anécdota recoge la memoria y la trae a la circunstancia vital del presente. Esta impronta hace reaparecer otra preocupación del profesor Ríos: subrayar la tarea del filósofo como pensador de la contingencia y su consiguiente voluntad política. En el texto de Ríos está marcado un llamado a no neutralizar ni restringir la vocación política del filósofo.

Ciertamente *Reflexión mínima* es un libro que despierta el interés por la filosofía y conduce a nuevos modos de pensar, originales, impetuosos y vigorosos.

Antonio Freire Hermosilla¹

¹ Chileno. Magíster en Filosofía por la Universidad de Chile. Licenciado en Filosofía por la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, Italia. Bachiller en Ciencias Religiosas por la Pontificia Universidad Católica de Chile. Académico en la Escuela de Filosofía de la Universidad Católica Silva Henríquez. Contacto: afreireh@ucsh.cl